

tas de el *Barbero*, *Sonámbula*, *Hija del Regimiento* y el *Elixir*, aquí hechas cuerpo y realidad por la Condesa de Rossi! Ella que con tanta naturalidad expresaba su alegría al asegurarse, con la posesión de la sortija, del amor de *Elvino*, desgarraba el corazón de los que la oían cuando en medio de su desesperación se arrojaba á los pies de su amante queriendo probarle su inocencia. Qué modo el suyo de imitar el sonambulismo! Cuánta era la verdad de su expresión al despertar y saber que su prometido la quiere siempre! Pero ¿qué cosa más natural que el disgusto de aquella *Rosina*, al verse reprendida por su tutor porque éste se encuentra una hoja de papel de menos y mojada en tinta la pluma?: el rostro, la mirada, la acción, todo revelaba el disgusto, y al fin, para que la naturalidad nada dejase que desear, se tapaba los oídos demostrando que ni escuchar quería. Pero en nada fué como en *La Hija del Regimiento*: con qué primor, sin exagerar nunca, se mostraba siempre la criatura formada en el cuartel! Las costumbres allí adquiridas por *Maria* en su infancia, hallábanse tan arraigadas en ella, que inútiles eran los esfuerzos de la *Marquesa* para corregirla: era siempre la *vivandera*, aunque en el segundo acto vistiese con lujo y elegancia. Como cantatriz ¡cuán eminentes fueron sus cualidades! Pero ¿á qué hablar de lo que nadie ignoró y aun recuerda el mundo y repetirá siempre la historia del arte?

Pero volvamos á nuestro relato, repitiendo que con horror se supo que al regreso de un paseo en Tlalpam Enriqueta Sontag había tenido que meterse en cama con todos los síntomas de un caso de los más violentos. La ciudad se conmovió profundamente con esta noticia, pues en los dos únicos meses que la artista llevaba en México había cobrado un entusiasta y singular cariño. Por orden del Gobierno, por demás exagerado en su prohibición de que se hablase de casos de cólera, se quiso hacer creer que la artista no lo padecía ni estaba siquiera grave: mas ambas cosas eran de la mayor falsedad, y por más que hicieron los médicos extranjeros y nacionales llamados cerca del lecho de la interesante enferma, Enriqueta Sontag, dejó de existir á las tres de la tarde del sábado 17 de Junio. Sus últimas notas en el teatro fueron las que forman el canto de muerte de la *Desdémona*, de Rossini, último que se levantó de aquella garganta que fué la admiración de los más cultos públicos de Europa y de América.

El domingo á las cuatro de la tarde, la multitud, imponente por su recogimiento, empezó á invadir las calles adyacentes á la morada de la artista, que murió y vivió en la casa núm. 13 de la 1.^a de San Francisco: todas las clases, sin excepción, querían asistir al entierro ó presenciar al menos el paso del cortejo fúnebre. El dolor estaba retratado en todos los semblantes.

El cadáver de la Condesa de Rossi había sido colocado á las tres de la tarde en una caja de plomo y ésta en otra de madera. Hasta

entonces había sido tendida en su lecho mortuario, vestida de blanco y cubierta con un velo transparente; sus facciones no estaban descompuestas, parecía dormida, y aun estaba hermosa, con sus manos de marfil, con su pura fisonomía, y con sus cabellos de oro trenzados sobre su frente de alabastro.

A las cinco y media, el cadáver fué sacado de la casa mortuoria, en hombros de los individuos de la Sociedad Filarmónica Alemana, para ser conducido al cementerio. Sobre el ataúd veíanse una cruz y una lira de plata, una corona de trinitarias y una guirnalda de jazmines. El cortejo, á pie, y con un recogimiento perfecto, se puso en marcha tomando por el callejón de Betlemitas y en dirección á San Fernando: ministros extranjeros, funcionarios públicos, comerciantes, las redacciones de todos los periódicos, literatos, músicos, artistas, todas las clases, en fin, formaban la comitiva: detrás seguía una tan larga fila de carruajes de duelo que llegaron á ocupar sin interrupción todo el espacio que mediaba entre la casa mortuoria y el cementerio. El cadáver entró en la iglesia de los Fernandinos como á las seis y media, y colocado en un sencillo catafalco se cantó una solemne vigilia, dirigiendo la orquesta el profesor D. José Antonio Gómez: siguiéronse los imponentes responsos de los religiosos, y el ataúd fué conducido, siempre en hombros, al panteón.

Allí, y antes de dar sepultura al cadáver, á la tétrica luz de los cirios, el Club Alemán entonó fúnebres cantos de despedida, y se leyeron composiciones del Barón Carlos Gagern y de D. Pantaleón Tovar, y á las ocho de la noche, al dar el toque de ánimas, el ataúd quedó depositado en el nicho núm. 194, mientras se gestionaba su translación á Alemania, como se verificó tiempo después, mediando en ello poderosas influencias, pues el Conde de Rossi no quiso separarse del cadáver de su esposa, al haber tenido que regresar á Europa.¹ Cerrado el nicho provisional, el cortejo se retiró consternado y afligido.

El jueves 13 de Julio, todos los artistas residentes en la Capital, rindieron el último homenaje á la memoria de la insigne artista, tomando parte en las solemnes exequias habidas en la Iglesia de la Profesa, por el descanso de su espíritu. Más de seiscientos cirios iluminaban las naves del templo, cuyas columnas vestían negros paños: de la cúpula pendía un pabellón negro y blanco sobre un catafalco de tres cuerpos: en el primero de éstos se leían un soneto de D. Anselmo de la Portilla y varios versículos tomados de los libros santos, en lugar de otros tres sonetos de D. Marcos Arróniz, D. Casimiro del

¹ En 2 de Mayo de 1855 los restos de Enriqueta Sontag fueron definitivamente sepultados en el Convento de Merientchel, próximo á Dresden, en que estaba de monja su hermana menor. Al acto asistieron el Conde de Rossi, sus cuatro hijos, la madre de Enriqueta y su hermano el Capitán Sontag.

Collado y D. Federico Bello, que por culpa del pintor encargado de los tarjetones, no pudieron allí colocarse.

El soneto de D. Anselmo de la Portilla decía así:

“Lejos de aquí la estéril amargura
del mezquino mortal, que sin consuelo
llora perdidos para el triste suelo
el talento, la gloria y la hermosura.

“En vano es ya que nuestra voz impura
cante á la tierra su perpetuo duelo,
si, esposa y madre, recibió en el cielo
doble corona de inmortal ventura.

“Vosotros, ¡ay! que el astro rutilante
visteis cruzar como visión gloriosa,
mirad lo que es la gloria en un instante:

“Y humillados aquí junto á su fosa,
rogad al cielo por la madre amante,
por el descanso de la tierna esposa.”

El soneto de D. Casimiro del Collado fué el que sigue:

“Entusiasmo y asombro al orbe inspira
de su garganta el mágico tesoro,
y en la celeste cumbre, el almo coro
de su genio el prodigio absorto admira.

“Mas ¡ay! sus glorias con airada vira
corta la parca, indiferente al lloro
y al materno afanar; el lauro de oro
cae de su sien, y, resignada, expira.

“Del arte la magnífica figura,
bañada en llanto y desceñido el velo,
ampara su extranjera sepultura,

“Mientras á la patria universal, al cielo,
virtud y religión, de su alma pura
plácidas guían el triunfante vuelo.”

En el segundo cuerpo se puso un bajo relieve en mármol, obra del distinguido escultor romano Piatti, que era la lápida que debía cubrir el sepulcro de la Condesa: el alma de ésta veíase en ella desprendiéndose del mundo, en figura de un arcángel con las alas tendidas y sonriendo al descubrir los campos de la gloria que iluminaba su semblante; debajo se leía esta inscripción:

AMOR Y RESPETO A LA MEMORIA

DEL GENIO DEL CANTO

ENRIQUETA SONTAG,

CONDESA DE ROSSI.

17 DE JUNIO DE 1854.

SUS AMIGOS Y COMPATRIOTAS.

En las esquinas del segundo cuerpo del catafalco, había cuatro ángeles en actitud de tender el vuelo. En el tercero estaba el retrato de la artista, en bajo relieve, obra también de Piatti: el retrato le coronaban los laureles de sus triunfos: el todo remataba en una úrna con una lira y guirnaldas de siempreviva y de rosas, y una corona morada y blanca, doble símbolo de las virtudes de esposa y madre que adornaron á la ilustre difunta.

El severo adorno del templo vestido de luto, dice un cronista, la escasa luz del día que apenas penetraba los cortinajes de las ventanas, la triste actitud de los concurrentes, los signos de la muerte por todas partes, aquella tumba que recordaba una de las más bellas personificaciones de la gloria humana, aquel silencio, aquella tristura, aquel dolor pintado en todos los semblantes, todo aquel conjunto sombrío é imponente de los crueles desengaños de la vida y de todas las verdades tremendas de la eternidad, cosas fueron imposibles de describir, porque la palabra es fría ante la impresión que allí sintieron los corazones.

A las nueve y media empezaron los Oficios. La magnífica orquesta que formaron los principales profesores de la Capital, llenó el espacio con las dolientes notas del Oficio de difuntos y de la misa de *Requiem*, de Rossi. Los Sres. Salvi y Badiali, ya con dulces acentos de resignada congoja, ya con fuertes vibraciones de dolor agudo, ejecutaron los solos, haciendo asomar á los ojos de sus oyentes el reprimido llanto del corazón. Parece que tradujeron en idioma humano las frases divinas de la música sagrada. Parece que los dos aprovecharon aquella ocasión solemne para desahogar en notas desgarradoras la pesadumbre que el mundo sentía por haber perdido á la ilustre representante de las glorias artísticas. Eran los genios de la gloria que lloraban sobre la Sontag. Eran las artes que derramaban los tesoros de su poesía sobre la tumba de su Reyna. Cuando el primero cantó la tierna estrofa *Recordare Jesu pie*, de ese himno sagrado que

parece compuesto de suspiros; cuando entonó el segundo la que empieza *Juste judex ultionis*, la multitud angustiada lloró sin reserva, y cada pecho repitió las humildes plegarias de la Iglesia. Los coros fueron cantados por los principales artistas de las dos compañías de ópera inclusive Marini, Beneventano, Rocco, Bordas, Specchi, Rovere y Botessini. Después de los Oficios se cantó solemnísimo responso, y en ese momento los concurrentes de uno y otro sexo tomaron en sus manos velas encendidas, dando al templo un aspecto imponente á la vez que tierno, pues la mayoría no pudo reprimir las lágrimas despertadas por aquellos coros y música sublimes y por el recuerdo de la incomparable artista.

Los Oficios fueron hechos por D. José María del Barrio, sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, y la comisión que dispuso aquella solemnidad la formaron los Sres. H. Nagel, M. Jaussig, W. Biedermann y C. Besserer. La fúnebre ceremonia terminó á las doce menos cuarto.

Después . . . quedaron vacío el templo, solo el sepulcro, dolorido el esposo, huérfanos los hijos, y en el camino del olvido las memorias que aquí hemos tratado de revivir, procurando que no siempre sean exactas aquellas frases del "Libro de la Sabiduría," que dicen:

"Pasaron todas aquellas cosas como sombra, y como mensajero que va corriendo . . . como nave que surca las olas del mar . . . como ave que vuela por los aires . . . como saeta disparada . . ."

CAPITULO VI

1854.

No fué Enriqueta Sontag, á cuya muerte dedicaron sentidas elegías los principales poetas mexicanos, la única víctima que el cólera hizo en ambas compañías de ópera. En aquellos días funestos para la Capital, la muerte segó vidas sin cuento y rara fué la familia que no tuvo que sufrir algunas pérdidas. Aun antes de hablar del fallecimiento de la cantante insigne, dije que las compañías fueron repetidamente molestadas por la epidemia, que con frecuencia las obligó á cambiar y aun á suspender funciones, con disgusto del dictatorial gobierno de la *Alteza Serenísima*: tan cierto es esto, que desconociendo cuanto á las empresas competidoras importaba no privarse, con tales suspensiones, de entradas ya hechas, la Secretaría de Goberna-

ción dijo en 4 de Mayo al Gobernador del Distrito: "En esta virtud, ha dispuesto el mismo Supremo Gobierno que V. E. haga entender á las empresas de los teatros, que dichas variaciones sólo podrán hacerse con conocimiento de V. E. y justificadas que en su juicio sean las causas que las originen, tomando en caso contrario las providencias convenientes para el castigo de los abusos que se cometan sobre este particular." La amenaza era tanto más injusta cuanto que en esos mismos días René Massón, cuyos artistas fueron más castigados por el cólera que los de Carvajal, acababa de darles públicamente las gracias por su empeño en no dejarle sin funciones, "*desafiando así las fuerzas humanas*, decía, *y dando pruebas de una deferencia muy superior á sus obligaciones.*"

Las compañías, vuelvo á decirlo, se vieron bien molestadas por la plaga: muchos artistas la sufrieron y, aunque la mayor parte se salvaron, aun los de Oriente tuvieron que interrumpir sus funciones. Un día, unos cuantos amigos llevaron á la última morada los restos de Beretta, maestro de coros de la Compañía de Carvajal y excelente pianista. Poco después Pozzolini, el tenor que tanto brillaba al lado de la Sontag, exhaló el último suspiro. Por último, el notable bajo Rossi, á su turno, dejó sus despojos mortales en los cementerios de la ciudad, en que tan apreciado era por su talento y su amable carácter.

Aunque con alguna concisión, para no extendernos por demás, digamos algo de la Compañía de Oriente y de D. Pedro Carvajal, á la que casi olvidamos para hablar de la del Gran Teatro y de René Massón. El elenco fué el siguiente: *Primera dama absoluta*, Balbina Steffennone; *Contralto*, Eufrasia Amat; *Segunda dama*, Isabel Zanini; *Primer tenor absoluto*, Lorenzo Salvi; *Primer baritono absoluto*, Federico Beneventano; *Primer bajo profundo absoluto*, Ignacio Marini; *Primer bajo caricato*, Agustín Rovere; *Primer bajo*, Settimio Rossi; *Segundo tenor*, Miguel Jiménez; *Segundo bajo*, Juan Zanini.—*Primeros bailarines*, Juana Ciocca y José Caresse.—*Maestro al cembalo y director*, José Nicolao; *Clarinete y concertista*, Enrico Beletti; *Maestro de coros*, Enrico Beretta. En los coros que eran lo mejor que había en México, figuraban Soledad Hurtado, Teófila Uribe, María Lozada y Dolores García, *primeras triples*; Jesús Pisa, Josefa Muñoz, Guadalupe Chávez y Josefa Hidalgo, *segundas triples*; Casimiro Ayala, José León, Ramón Zavala, Cristóbal Hurtado y Mariano Coronel, *primeros tenores*; Francisco Lozada, Cipriano Bernal, Francisco Díaz y Juan Munz, *segundos tenores*; Mariano Osorno, José Murillo, Rodrigo Crespo, Benito Osorno y Santiago Garfias, *bajos*.—La orquesta fué la que sigue: *Primer violín director*, Eusebio Delgado; *Primeros violines*, Mariano Ramírez, Miguel García, Antonio Valle, Celso Pérez, Miguel López y J. Murillo; *Segundos violines*, José Miranda, Toribio Guerre-